

NOMBRES Y HOMBRES

Padre Pedro José Ynaraja

Hace unos días, el oficio de lectura, acababa con el final del libro de Job. Se trata de un escrito bíblico que a uno le da siempre pereza empezar a leer, pero que le va sacando gusto a medida que transcurre el relato. Al final uno lamenta abandonar su dulce ritmo y sus sentencias tan humanas. Digo siempre que para comprenderlo, no para hacer exégesis, hay que haber pisado el desierto, habérsele pegado su arena a los pies y empapada la vista de la inmensidad de su horizonte. Y, de algún modo compartido o al menos conocido, la vida de los beduinos.

Un argumento tan sencillo como la realidad de un hombre rico que cae en desgracia y grave enfermedad. Los suyos le abandonan, unos amigos de visita le discuten su situación, sus teorías y su estado de ánimo, a los que él replica sensatamente. Se cura un día y... ¡aquí quería llegar!

Dios añade a la fortuna recobrada, siete hijos varones y tres hijas. El autor inspirado nos dice el nombre que les puso a ellas. Una paloma, otra acacia y la tercera azabache. Parada y fonda, como se decía antes.

Conozco el azabache desde antiguo, me gusta su negrura absoluta, su suavidad al tacto cuando está pulido. Nunca había imaginado que pudiera aparecer en la Biblia. Duda de la fidelidad de la preciosa traducción que me había ofrecido la "liturgia de las horas". Ya se sabe que las preciosas traducciones, esconden a veces, preciosas adaptaciones, no del todo fieles al texto. Consulté diversos ejemplares. De diez traducciones que miré, solo la litúrgica española pone azabache. Cinco Keren-hapuc, otra azucena, otra linda, dos cuernos de afeites. No me voy a entretener en ello hoy.

Que ignore el texto el nombre de los varones, implica que el buen Job se pensó bien la designación de las mujeres. Hace años, cuando solo existía entre nosotros una única cadena de televisión, de la que el vulgo se hacía esclavo, los nombres de la prole, correspondían al de los protagonistas de las series americanas. Ahora se escoge de otras maneras. Generalmente se hace sin poner intencionalidad o sentido.

No fue este mi caso. Me llamo Pedro José porque fui el primer varón, después de haber nacido cuatro mujeres. En primer lugar, mi padre quería perpetuar su nombre. Ambos esposos, devotos cristianos, reconociendo que había nacido muy próximo a la festividad de San José, bajo cuya protección querían ponerme, se lo añadieron. Las dos intenciones tenían ambos y yo no quiero defraudarlos, firmándome siempre como escogieron ellos. La parrafada viene a cuento de que el lector recuerde como Dios-Padre expresó el nombre histórico que debía tener su Hijo-Dios. Que entienda también, porqué Jesús cambió el de Simón por el de Cefas (Juan 1,42), etc. etc.

El premio a la fidelidad de Job, el obsequio que le ofreció Dios, fueron diez hijos ¿Quién gozaría hoy con este regalo? ¿No son ellos un don? ¿La vida no es lo más preciado que existe? Me inquieta y crispa observar el interés que ponen hoy tantos próceres, que pretender serlo o que aspiran a serlo, por defender libertades y privilegios y otros etcéteras, que ahora no voy a señalar, pero que el espabilado lector entenderá, sin mencionar en sus discursos, tal vez queriendo ocultar, que ya es grave, que se dirigen a conjuntos humanos, llámesele como se quiera, inclinados a la autoeliminación. Consúltese estadísticas. Los antropólogos y los sociólogos están de acuerdo en que una cultura solo es capaz de perdurar, si cada mujer fértil procrea 2,1 hijos (hasta hace poco decían cada matrimonio, pero por estos pagos ya nadie sabe que es una familia con exactitud y acertadamente han cambiado el lenguaje).

De nada servirá una sociedad del bienestar, si está en vías de extinción. Lamento que tantos que ambicionan dirigir las masas desde criterios cristianos, acallen el precepto bíblico: creced y multiplicaos... o las enseñanzas de Pablo, que reconoce en el matrimonio, el poder de simbolizar el Amor de Cristo por su Esposa la Iglesia. Lamento que se estudie concienzudamente y se ofrezcan soluciones dignas para regular, tal vez disminuir, la natalidad. Legítima es la doctrina, pero ignora la realidad reinante en lo que llamamos primer mundo y más concretamente, en la vieja Europa occidental.

Estadísticamente considerado, peligran más la persistencia de la tal "especie humana" que la del lince ibérico, en cuya multiplicación se pone tanto empeño.